

haber ninguno, por los raros y admirables ejemplos que desde que el unigénito Hijo de Dios vino al mundo se nos han propuesto, y los beneficios que de su mano hemos recibido, y las amenazas que nos ha hecho con las mudanzas, novedades y juicios suyos que hemos visto y leemos. ¿Cuánto es el olvido? ¿Cuánto el desprecio y el poco temor de la ley de Dios? ¿Qué mandamiento hay en ella contra quien no haya cada día nuevas invenciones de pecados? ¿Quién hay que pueda decir: Yo amo á Dios con todo mi corazón, sino cuál ó cuál? ¿Qué ocasión hay tan ligera, que no se lleve sin respecto ni castigo millones de juramentos? ¿Qué modo es el nuestro de honrar y celebrar las fiestas? ¿Cuáles dos están en paz con verdadero amor y caridad, sin propio interés y amor fingido, ó á lo menos frágil? ¿Qué pueblo hay donde parezca mal ni se castigue la deshonestidad? ¿Dónde no se arde todo de adulterios, homicidios, venganzas, avaricias, rancores, envidias, ambiciones? ¿Cuándo menos frecuentados los templos, los sermones y los sacramentos? ¿Cuándo menos plática y memoria de Dios? ¿Cuándo mas priesa á lo terreno, á las haciendas, á los oficios, á los favores? Pues cuando un solo pecado hubiera, es de tanta malicia y ponzoña y enoja tanto á Dios, que con justicia, y sin ser riguroso, bastaba para acabar el mundo, ¿cuánto mas habiendo tanta desvergüenza en el pecar? Pues si juntamos con esto la multitud de la infidelidad extendida por ese mundo: tanto moro, tanto turco, idólatras, herejes, ¿qué hallaríamos en que estribar para que Dios no nos acabe?

Cierto no la hay mas que la paciencia de Dios, que tanto mas se conoce su grandeza cuanto mas la consideración descubre los pecados que la provocan; y juntamente cuán al revés se ha Dios con nosotros de lo que los pecadores merecemos, que en lugar de acabarnos, dice por Jeremías que con cuidado envió á su pueblo sus siervos, los profetas, á predicarlos, levantándose de noche á enviarlos. Y por otro profeta dice que envió muchos profetas y multiplicó las visiones y profecías, en que da á entender la paciencia y sufrimiento, y la gana y deseo de que el pueblo se convirtiese, y esto es para ejemplo nuestro; que si á cada ofensa pudiésemos y nos fuese lícito tomar la venganza, ya no habría mundo, acabándole nuestra cólera, sino para que probemos primero todos los medios para reducir nuestros hermanos á buen camino, pues que Dios, que no debe á nadie nada ni de nadie espera nada, ni tiene precepto ó consejo de nadie, lo hace así. ¿No ves con cuánta paciencia y bondad envía (como él nos advierte) su sol sobre los que le ofenden, su luz sobre los idólatras que le quitan la honra, para darla á piedras y palos; sobre los judíos que mataron á su Hijo, sobre los turcos, que tienen ocupada la Tierra Santa, donde su Hijo nació, anduvo y padeció, y obró tan inestimables maravillas; sobre los herejes que persiguen y blasfeman su santa Iglesia católica; el agua, el rocío, las influencias del cielo, los ministros de los elementos, los oficios de los tiempos, el calor del sol, la humedad del aire, el frescor del agua, la fecundidad y fertilidad de la tierra? ¿No les da haciendas, hijos, contentos, reinos, vasallos, fuerzas, vida y salud? Todo esto ¿no lo

comunica Dios á todos los ingratos? ¿Quién podrá decir, ó para qué se ha de advertir, siendo tan claro, cuántos pecados enormísimos y maldades se cometen cada hora delante de sus limpiísimos ojos, de todas gentes, aun de los que profesan su fe, servicio y amistad, sin vergüenza ni respecto ninguno?

Verdaderamente dice muy bien Tertuliano que llega su paciencia á que tomen ocasión los gentiles y digan no tiene cuidado del mundo ni cura ni hace caso de lo que en él se hace. De manera que esta su paciencia, por la malicia de los hombres, es perjudicial á su honra, que le tienen por ciego, sordo y dormido. Que venga uno á decir que no hay Dios, otro que ha desamparado los hombres, otro que se anda por los quiciales del cielo, no curando de la tierra; como no sea ninguna destas la verdad ni la causa, sino la paciencia de Dios, naeida del deseo que tiene que nos salvemos, segun aquello que san Pedro dice: Usa de paciencia por vosotros, deseando que ninguno perezca, sino que todos se conviertan; la cual tanto mejor se entiende cuanto los hombres somos mas coléricos cuando nos hacen algun enojo, que apenas esperamos al segundo, y casi nunca al tercero. Y cuando en alguna historia leemos que algun hombre ó pueblo ha quebrantado la fe dada, ó sido ingrato á quien le perdonó, no podemos sufrir que mas sea perdonado.

San Juan Crisóstomo, hablando desta paciencia de Dios, dice que Dios la tiene con los hombres, no para que, puestos los ojos en ella, añadamos pecados nuevos; porque antes, así como nosotros los vamos añadiendo, va Dios tambien añadiendo mayores castigos para ellos y para los pasados; porque, si alguno pecó como Faraon, y no se ahogó como él en la mar, queda otro mar de infierno donde ahogarle; y si otro tiene pecados de Sodomia y no envía Dios fuego del cielo para abrasarle, es porque, si no hace penitencia, se le tiene aparejado mayor en el infierno; y así, de los que no fueron mordidos de las serpientes en el desierto queda el gusano que perpetuamente les ha de roer, y para los perjuros el temblor de dientes, porque no falta quien con esta confianza peque, como David decía: ¿Por qué pensáis que está el impío pecador haciendo cocos á Dios, esto es, pecando delante de sus barbas? Y responde él y dice: La causa es, porque en su corazón está diciendo que no tratará Dios dello ni tomará cuenta. Pues eso dice san Juan Crisóstomo, que muy buena cuenta tiene y muy estrecha la ha de tomar, pues va haciendo sus partidas de penas eternas, conforme á las de las culpas, y tanto mas graves las penas cuanto las culpas son mas y con mas desagradecimiento repetidas. Esto es lo que san Pablo decía á los romanos con tanto espíritu y celo. ¿Piensas tú, hombre que juzgas á los que pecan, que cuando los imitaras huirás y escaparás el juicio de Dios? ¿O es que desprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad? ¿No sabes que la paciencia y bondad de Dios con que te espera, te va convidando y moviendo á penitencia? Pero tú eres tan duro y tan impenitente, que con tu dureza atesoras ira y enojo contra tí para el día de la ira y justo juicio de Dios que ha de pagar á cada uno segun sus obras; así que, no nos descuidemos ni aseguremos, pecando y dilatando la conversión, con-

fiados desta paciencia, pues no se tiene para que peques, sino para acabar pecados; que lo que se ordena para perdonarlos no ha de ser para cometerlos (como dice el derecho); que si hubo un ladrón bueno á quien Dios esperó y sufrió toda su vida, y le salvó al cabo della por esforzar los pecadores grandes y animarlos á su conversión, tambien quiso que fuese solo para que no nos atrevamos á usar mal de su paciencia, esperando á salir de pecado hasta aquella hora. Gran loco seria el que por haber visto una vez en Valladolid que por pasar un ahorcado por las casas reales y haberle visto llevar una persona real, y por eso haber escapado la muerte, hiciese él muchos delictos que la mereciesen, confiado de que quizá escaparía como el otro escapó, no habiendo sucedido cincuenta años mas que una vez; pues así es el que con descuido y á placer peca, confiado de la paciencia que Dios suele tener con los grandes pecadores toda la vida, y con el buen ladrón en la cruz. El Sabio dice: No digas: La misericordia de Dios es grande, el habrá merced de mis pecados. Pues ¿por qué no lo tengo de decir? ¿Es caso de inquisición decir que es Dios misericordioso y confiar en su misericordia? El mismo responde luego: No añadas pecados á pecados, porque tan buenos piés tiene la justicia de Dios como su misericordia, y tan presto llegará la una como la otra, y aun la ira de Dios está asestando y mirando para tirar á los pecadores; pues esto dice san Crisóstomo, que no nos sirva la paciencia de Dios para pecar con mas licencia. De lo que nos ha de servir es de imitarla y tenerla á su imitación con quien nos ofende y en nuestros trabajos; porque si el que no teme á nadie ni debe á nadie ni está sujeto á nadie tiene paciencia y espera y perdona á quien le ofende, ¿qué mucho que un gusanillo miserable, que todo lo que padece debe, y mucho mas (y sin que debiese mas que el pecado original, está sujeto á miserias y trabajos), los padezca con paciencia y sufrimiento, mayormente agra-

dando en eso á quien tanto debe, como á Dios, y que tan largamente le ha de pagar este sufrimiento?

Pero porque hemos dicho tan encarecidamente de la paciencia y sufrimiento de Dios, con que espera que los pecadores se conviertan, es bien advertir que hay algunos pecados que, por justos juicios suyos y por lo que él se sabe, le suelen acabar mas en breve la paciencia, segun de las divinas letras se colige, para que el pecador esté advertido que en ellos (y quizá hay otros que yo no sé ó no digo) ha de andar mas recatado delante de Dios y menos seguro. El primero, el pecado de los murmuradores que ponen lengua en los sacerdotes y siervos de Dios, y hacen destorisa y conversacion, cuyo castigo repentino está en el cuarto libro de los Reyes, á los capitanes quincuagenarios á quien el fuego del cielo mató repentinamente. El segundo, de unos padres y madres que enseñan á sus hijos y hijas á pecar, como los que porque oían decir malas palabras á sus padres fueron comidos y despedazados de los osos del bosque. El tercero, de los que tratan sin reverencia los sacramentos y profanan los lugares donde se honra la sangre de Cristo, como Oza, y lo que san Pablo dice, que por la poca reverencia del Sacramento del altar habia muchas muertes y enfermedades entre los de Corinto. Los avarientos que ponen sus esperanzas en los bienes de la tierra, olvidados de quien se los dió y de los pobres, como aquel rico del Evangelio que se requetaba con sus talegones y su trigo, etc. Los que no castigan sus hijos, como Heli, que murió cayendo de la silla. Los glotonos, de quien el salmo dice que vino sobre ellos la ira de Dios estando con el bocado en la boca; ¿qué será de una mesa profana donde, sin temor de Dios, se comen en demasía carnes vivas y muertas? Como aquel mal rey Baltasar, que desde la mesa leyó su sentencia y aquel día se ejecutó; pero lo ordinario es tener Dios gran paciencia con los pecadores.

## LIBRO SEXTO.

DE LOS REMEDIOS CONTRA LA IMPACIENCIA CUANDO EL TRABAJO ESTÁ YA PRESENTE.

### PROLOGO.

Aunque va todo este libro encaminado á persuadir la paciencia á los afligidos y trabajados, como por el discurso dél ha parecido; pero, porque muchas veces asaltan á un hombre las adversidades tan repentinamente, que podrían llegar tarde las consideraciones pasadas, y emprezar el que padece con la aflicción de leer el libro en que para remedio del presente trabajo seria necesario leer muchas hojas y en ellas consuelos generales, y hacer algun discurso para aplicarlas á la presente necesidad; sirve aqueste sexto libro de dar otros algunos remedios mas breves, y como preparativos que con mas fuerza y brevedad esfuerzen los ánimos en cualquier priesa de tribulación y asalto repentino del corazón, como acaece al que después de media

noche ha de recibir algunas píldoras, que, como son para el estómago manjar extraño y contrario al apetito, no obstante que vayan doradas y pequeñas por el temor de las bascas que suele el estómago padecer, se apercebe de parte de noche de un paño que se moje en vinagre fuerte en que huela, una aceituna en que muerda, y un membrillo en que haga lo uno y lo otro, ó otras cosas de semejante fuerza y virtud para detener lo que así se recibe, y á veces se usa de todas juntas cuando el olfato ó el gusto se ofende mucho de aquel mal olor ó amargura. Así nuestro apetito, tan enemigo de aflicciones, sabiendo que aun con muy livianas ocasiones suele tener algunas muy repentinas, conviene tener algunos remedios á mano para poder reprimir fácilmente sus bascas, que en este caso son la impaciencia, cuales son los que en este sexto libro se contienen, que son unas

consideraciones y otras diligencias aplicadas para este mal; las cuales tendria yo por buen consejo tenerlas prevenidas todas, como el que agora deciamos de la purga, sus defensivos; y como el que ha de pasar por lugar de mal olor, y como el médico que cura enfermedades contagiosas que va prevenido de preparativos, y como el que va camino con temor que faltará en la venta lo necesario, que va proveido de muchas cosas por remediarse en las necesidades que barrunta, porque seria remedio tardío acudir á su casa después que el mal que se temia está presente ó ha llegado la necesidad. Todos estos remedios se reducen á uno que es Dios, de quien David decía: Dios es nuestro refugio y guarida y nuestro esfuerzo en las tribulaciones que nos hallan; en que se significa que son tantas y tan repentinas, que parece que nos cogen descuidados andándonos á buscar. Y deste remedio, que todos los encierra, andaba David proveido, pues decía: Andaba yo siempre con mucha provision de Dios para tenerle á mano y hallarle á mi lado para no caer; ó como el Caldeo dice: Porque mi contrario no me pierda. Pues esta es la provision que este sexto libro hace contra cualquier trabajo y contrario que es del mismo Dios, sin el cual no hay que esperar remedio ni consuelo en los trabajos, aunque va considerado variamente y para el mismo efecto que David; porque el remedio que en cada discurso se pone, es el mismo Dios, diferentemente considerado; ya como justo juez, ya como padre misericordioso, ya como padeciendo, ya como bienhechor, ya como en sacramento, ya como en manjar de doctrina, según que mas conviene con el que la adversidad padece.

## DISCURSO PRIMERO.

Del primero remedio contra la impaciencia, que es humillarse delante de Dios.

El primer remedio y el mas general, mas fácil y mas á mano contra la impaciencia, cuando alguna grande aflicion nos acomete, es la humildad, la cual no consiste en bajar la cabeza ó andar mal vestido ó remendado, sino en lo que san Bernardino dice, que es reconocer la grandeza de Dios y nuestra miseria y poquedad, y presentársela al mismo Dios, que está mirando nuestro corazon, y tener por bien y desear que todo el mundo la entienda. Dije que es el mas fácil remedio y mas á mano, porque no hay necesidad de salir fuera de nosotros para tener estos pensamientos, pues de la fábrica de nuestro cuerpo y de la naturaleza y potencias de nuestra alma podemos conocer la grandeza de Dios. Y sin abrir los ojos se nos representan dentro de nosotros sus innumerables beneficios y nuestro desagradecimiento; y nuestros pecados, ellos se descubren, y la fragilidad y flaqueza de nuestras fuerzas aun la misma tribulacion nos la acuerda; pero que esta sea remedio, es muy conforme á la naturaleza, como en tiempo de gran ventisca, el que se halla en un cerro alto, porque no le lleve la fuerza de la tempestad, se postra y se iguala con el suelo; y lo mismo hace el que va huyendo de un toro bravo, que, faltándole ya los piés, por no venir á sus cuernos, se deja caer en tierra sin movimiento alguno ni resuello, con que muchos se han escapado de

aquel temeroso peligro, dando á entender al toro que aquello que allí está arrojado, que parece hombre, ni lo es ni cosa viva, ni le importa hacerle mal. Todo esto dice el que se humilla en el peligro de la tribulacion delante de Dios airado, y mediante la humildad sale con bien de todo peligro. El *Eclesiástico* dice que la humildad presentada al cielo penetra las nubes, y no para hasta llegar á Dios, ni reposa hasta que el Altísimo mira á cuya es con ojos de piedad, y que no lo dilatará Dios hasta juzgar su causa y castigar á sus enemigos. De donde parece que, no solamente por ser la humildad madre de todas las virtudes, como san Bernardo dice, y por el consiguiente de la paciencia, que, según esta consideracion, no podiamos decir que la humildad lo hace, sino la paciencia, la cual sin esta virtud no la hay verdadera, como el abad Pyamon decía, preguntando cómo se podría la verdadera paciencia adquirir y conservar, y respondió que sin humildad era imposible lo uno y lo otro; pero este remedio tiene de su cosecha el conocimiento de sí mismo con el de la grandeza del poder de Dios. Y aunque David usó deste remedio para con el rey Saul, su enemigo, diciéndole: ¿A quién persigues, rey de Israel? A quién persigues? ¿A un perro muerto persigues? Esto es, á un hombrecillo hediondo como yo persigues (que eso se entiende en la divina Escritura por el perro, un hombre abyecto y desechado, y esta es la ponderacion del *Eclesiástico* cuando dice: Mas vale un perro vivo que un leon muerto, que el leon es el mas principal de los animales, y el perro el mas desechado. Y de aquí, para mostrar en cuán poco se estima al moro, le llaman perro, y el moro al cristiano por lo mismo). Pues dice David: ¿A un perro muerto te pones á perseguir, siendo tú rey de Israel? Esa es la grandeza y majestad real? Digo que, aunque David usó deste remedio, no todas veces, sino muy raras, lo es para aplacar á los hombres, solo cuando el rogado es muy valiente y esforzado, que tiene por cosa indigna de su valor mostrar su valentia contra un rendido. Lo cual se halla tambien en las fieras, que del leon y de otras se dice que suelen perdonar á quien ven humillado y sin hacer resistencia. Pero cuando falta este ánimo generoso entre gente flaca y cobarde, no es este buen remedio para escaparse de sus manos, como cuando á las de una mujer, por su desdicha, viene un enemigo suyo, no hay crueldad que se le compare. De donde dice el Sabio: No hay furia como la de la mujer; lo cual les nace de ser animal y sexo tan cobarde y medroso. Porque siempre á la cobardía es certísima y fidelísima compañera la crueldad, la cual usa el cobarde por asegurarse del valor de su enemigo. De aquí nace que, como Dios sea todopoderoso, tambien sea su clemencia infinita, con lo cual no suele hacer presa en un corazon humilde y rendido. Esta razon da la *Sabiduría*, diciendo: De todos te apiadas, porque todo lo puedes. Esta razon alegaba Job para ser consolado y librado en sus trabajos cuando decía: Señor, ¿quereis vos ser como el viento, que muestra sus fuerzas en voltear una hoja de un árbol, y quereis mostrar la vuestra en perseguir una paja seca, que la fuerza flaca de un niño la hace pedazos fácilmente? Con esto mismo, en el capítulo siguiente pide lo mismo, diciendo: ¿Qué fuerzas ni qué valor

puede tener una cosa que vive tan poco tiempo, lleno de miserias, que como flor nace y se marchita, y huye como sombra, que, tras no tener ser, se desaparece en un instante, porque no tarda mas que eso la luz en nacer; y eso poco que dura tiene tan poca constancia, que nunca permanece un punto en un mismo ser ni tenéis el ser de nadie; vos, que sois eterno y siempre sois; vos, que careceis de toda miseria, pues sois infinitamente bienaventurado, teniendo la gloria infinita de vuestra cosecha dentro de vos; vos, que en la hermosura sois mas que flor, pues la criáis en las flores, flor que nunca se marchita ni perece; vos, que sois verdad de quien todo lo que es es sola sombra; vos, que por ser el mismo ser nunca desfalleceis; vos, Señor, en quien nunca puede ni pudo haber mudanza, ¿no veis que es cosa indigna de tanta grandeza poner los ojos de vuestra indignacion en criatura tan vil como el hombre, y ponerlos á cuenta y á juicio con él? De la misma razon usan en Esaias los del pueblo, comparándose á hojas de árboles, y sus obras á sangres menstruas de las mujeres, que era lo mas asqueroso que aquel pueblo conocia.

De cuánto fruto sea esta diligencia para el afligido sábenlo los que con Dios la usan, y mas los que mas se humillan; porque, así como el médico famoso que desea acrecentar su opinion y fama huelga tanto mas de ser llamado y de curar al enfermo cuanto es la enfermedad mas peligrosa; y así como, á esta misma cuenta, cuanto es mayor el pecador tanto mas se demuestra la misericordia de Dios en perdonarle y se acrecienta en nosotros su gloria, lo cual mostró cuando en el tiempo del diluvio usó de la clemencia y omnipotencia, diciendo: Nunca mas tengo de maldecir la tierra, por enojo que tenga contra el hombre; y da la razon, porque tiene una inclinacion tan flaca y miserable, que desde la cuna es inclinado á mal, y al fin es de carne. Así, cuanto mas humilde y rendido se presenta el afligido delante de la presencia de Dios, tanto mas fácil y mas breve remedio alcanza de sus trabajos. El blason de los romanos harto mejor le conviene á Dios, cuando dicen que perdonan á los rendidos y hacen guerra á los soberbios; y así, se le atribuye san Pedro á Dios en su *Canónica*, diciendo: Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da gracia y favor, como el rayo que sale de su mano, que no hace herida en lo flaco que encuentran, sino en los castillos y alcázares torreados y fuertes, en los huesos, dejando la carne sin lision, y en la espada, dejando sana la vaina. Y por eso concluye san Pedro: Y pues así es, humilláos debajo de la poderosa mano de Dios, para que os la dé y os levante en el día de la visitacion, esto es, del trabajo y calamidad; que eso llama visitacion, como cuando dice en el salmo: Yo visitaré con un azote sus maldades; y en otra parte dice que es Dios celoso, que visita las maldades de los padres en los hijos, esto es, que los castiga. Esto que san Pedro dice, hizo el Señor cuando á David, en diciendo *Peccavi*, le pasó las penas y castigo de su pecado á la persona de su hijo encarnado, y á Saul no perdonó por ser vano y soberbio. Y pues muchas veces es el trabajo en castigo de nuestros pecados, claro está que la humildad nos librará del.

Pero por cualquier fin que Dios le envíe, es la humildad cierto remedio, ó para consolarse el hombre y recibirle en paciencia, ó para presto salir dél. No hallo yo mejor lugar en la sagrada Escritura, ni que mas claro nos enseñe esta verdad, como lo que pasó el Señor con la Cananea, tan fatigada y angustiada con el tormento que el demonio daba á su hija, que al cabo de razones (con que prueba el Señor su paciencia, fe y perseverancia), le vino á decir que no parecia bien quitar el pan á los hijos y darlo á los perros; y con la humildad que Dios le daba, consentió ser llamada perra y reconoció no ser merecedora de la merced que pedia, y dijo: Bien conozco, Señor, que soy perra; pero los perros en casa de sus señores no se quedan sin sustento, siquiera de las migajas ó mendrugos que se caen de la mesa de sus mozos, según san Marcos dice. Entonces, dice el mismo san Marcos que dijo el Señor: Por esta palabra que agora dijiste, anda, vé, que el demonio ha salido de tu hija.

Otra razon desta verdad se colige de lo que atrás dijimos, que una de las que tiene Dios para enviar trabajos á los buenos y amigos suyos es para sacar dellos humildad de corazon, porque son para este efecto muy eficaces, como allí se dijo copiosamente, y así parece en los que envió á Nabucodonosor, hombre soberbio y feroz, á quien humilló con aquel tan largo trabajo de hacerle bestia tantos años, del cual salió tan humilde y con tanto conocimiento de la grandeza y poder de Dios y de su propia miseria, que se tiene por cierta su salvacion; y la Escritura nos dice la vuelta que dió en lo restante de su vida. Tambien parece en lo que san Pablo dice de sí mismo, que aquel gran trabajo, que él llama ángel de Satanás, que le daba continuamente bofetadas (sea cual fuere), le fué dado por contrayerba de la soberbia que la grandeza de sus revelaciones podia ocasionarle. Pues si este es muchas veces el fin de Dios, el hacer á los hombres humildes cuando envia trabajos y afliciones, claro está que, habiendo ya esta humildad, ó cesará el trabajo ó se mitigará. Como pareció en el rey Acab, que, diciendo el Profeta y esperando un gran castigo por la muerte injusta de Nabot, dice el texto que rompió Acab sus vestiduras, y ayunó y vistióse de un saco y andaba cabizbajo, y dijole Dios á Elias: ¿No has visto á Acab, qué humilde se ha puesto delante de mí? Pues por haberse humillado por mi respecto no le haré mal en sus dias, aunque no dejaré de enviarle trabajos á su casa en tiempo de su hijo. Lo mismo se colige de los ninivitas, que, aunque bárbaros, supieron usar deste remedio, humillándose delante de Dios, y fueron perdonados. De aquí nace cuán errados andan los que en sus adversidades el postrer remedio ponen en Dios y en humillarse en su presencia, confiados primero en su poder, fuerzas, amigos, favores y riquezas. Pues basta conocer la flaqueza de todo esto, y reconocer que en solo Dios está el remedio y consuelo de nuestros males, y en nada de todo lo criado sin él; por lo cual él ordena muchas veces que lo que en la tierra suele ser remedio no lo sea en algunas coyunturas, para que tengamos este conocimiento. En la *Sabiduría* dice de las llagas y enfermedades del pueblo que no las curaba cierto la yerba ni el emplasto, sino la palabra

de Dios; y lo mismo decía David, despertando á su alma para alabar á Dios, que es el principal y solo remedio de sus males; pues solo puede, y solo, sin ayuda de criaturas, remediarlos, y todas ellas sin él no pueden. Bendecid ánima mia al Señor, que perdona vuestros pecados, que sana vuestras enfermedades, que os libra de los peligros. Bien se deja entender que no le faltaban á David médicos ni medicinas en sus enfermedades, y que no los despedía queriendo á Dios solo por médico y sin medicinas, sino que entendía que, aunque el médico tomase el pulso y ordenase los jarabes, Dios era el que principalmente sanaba, no solo dando letras al médico y virtud á las yerbas y raíces, sino porque era su voluntad que aprovechara. Y pues así es, lo primero que se ha de hacer es acudir humildemente á Dios, que todo lo puede.

Esta humildad que aquí se pone por remedio del trabajo contra la impaciencia requiere muchas cosas, porque requiere ser verdadera y perfecta, para lo cual se procuren las condiciones que de lo que el humildísimo Bernardo siente se sacan en limpio, que, según ellas, aquel es verdadero humilde que se estima en nada y menos que nada, y esa cuenta huelga y desea que el mundo haga dél; el que, contento y convencido con el testimonio de su conciencia, no solo no busca favores del pueblo ignorante y vano, pero ofrecidos los tiene en poco; el que no se engríe, antes le pesa, cuando le alaban; el que así se deleita con la injuria y ofensa como el soberbio con la honra; el que, teniéndose por el menor de todos, á nadie se antepone, reconocido á los mayores, sujeto á los iguales, igual con los menores. De buena gana baja y de mala sube. Avergiúezase de ser loado, ama ser corregido. El primero á la obediencia, el postrero en el hablar. A nadie hace injuria, á todos las perdona, y no tiene por ninguna el precederle quien quiera. Finalmente, el que se tiene, como David, por vaso quebrado y perdido, esto es, sin provecho ni valor cuando oye los baldones de sus vecinos. Y en otra parte dice: ¿Quién soy yo, Señor, que tales favores recibo de vuestra mano? La cual palabra pondera san Juan Crisóstomo, diciendo muchas cosas. Lo primero, que allí está la plenitud de la gracia en conocerse uno en todas las cosas. Lo segundo, que aquí se conoció David por mortal. Lo tercero, que esta vida está sujeta á mil casos desastrados, y que halló en este siglo muchas tribulaciones. Lo cuarto, que la paciencia del pobre nunca perecerá. Lo quinto, que la perseverancia lleva los hombres á Dios. Lo sexto, que cuanto mayor fueres y te humillares, tanto mayor gracia hallarás ante Dios. Lo séptimo, que ninguno hay sin pecado, aunque sea un niño de un día nacido. Lo octavo, que conviene siempre orar contra las mañas del demonio. Lo nono, que en la oración no nos dejemos trabar de pensamientos terrenos. Lo décimo, que no desmaye nuestra esperanza. Lo undécimo, que esperemos la protección de Dios. Lo duodécimo, que no cesemos en aquellas tres palabras de los querubines: *sanctus, sanctus, sanctus*, y que el que se conoce en estas cosas está en el camino de la verdadera humildad.

Pues amoldarse con esta regla de estos santos (para lo cual ninguno hay tan estirado, que para humillarse no

halla bastante y sobrado recaudo dentro de sí) es el primero remedio y mas fácil contra los trabajos y su impaciencia. Esta humildad, y de cómo es tal remedio, les dijo el mismo Señor á sus discípulos: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, no de apariencias solas; no de bonetadas, no de inclinaciones de cabeza, no de exteriores mortificaciones y ceremonias, sino humilde de corazón. Y no dice, daros han ó ganaréis ó esperaréis, sino al punto hallaréis paz y quietud en vuestras almas, quitados de enojos, iras, pesadumbres y alborotos. ¡Oh!, cuánta paz gozan los que en esto quieren ser vuestros discípulos, Señor; cuánto ahorran de inquietud, de carga de cuidados! Como, al contrario; cuánto cargan desto los soberbios! No en balde decía el Sabio: Al soberbio le va siempre persiguiendo la humildad, que es la bajeza, el desprecio y el trabajo; que eso quiere decir el vocablo que allí está, que es el que está en el cántico de la Madre de Dios, cuando dice que puso Dios los ojos en su humildad, que es su vileza y bajeza, que por tal se conocía ella delante de Dios. Pero mejor y mas breve lo dijo el Señor en el Evangelio: El que se engríe será humillado. Quiere decir abatido y despreciado; y al contrario, el que se humilla será levantado de cualquier trabajo. Solo dice el Sabio con mas claridad que los trabajos buscan al soberbio y no cesan hasta hallarle. Si no, dime: ¿de dónde hay tan poca paz y sosiego en el mundo, y tantos males y calamidades en los reinos, en las ciudades, en las casas mismas y personas, sino de la soberbia? ¿Unos por mandar á otros, otros por tener mas, otros por saber mas que otros. De donde se puede decir aquello del salmo: Quebranto y infelicidad son todos sus caminos; que, buscando los miserables descanso y sosiego, andan trabajados y quebrantados, y nunca tuvieron ni saben qué cosa es un día bueno. El cual tiene siempre el humilde, que de buena gana respecta á todos, á todos obedece, á todos ama, á todos teme hacer ofensa; las injurias, ó no las siente ó fácilmente las sufre y perdona; quieto para sí, manso y pacífico para el prójimo, á todos agradecido, á todos sin daño, á todos amable; con nadie pesado, á todos sujeto; con nadie porfia, á nadie desprecia; y así, al mismo Dios agrada y obliga á que en todo le acuda, y mas particularmente en sus aflicciones y trabajos.

#### DISCURSO II.

Del segundo remedio contra la impaciencia en los trabajos, que es atribuirlos á propias culpas.

Todos los consuelos y remedios de que en este libro sexto se trata, tienen entre sí tal parentesco y trabazon, que se van llamando unos á otros, lo cual ayuda mucho á que en el tiempo que son menester se hallan todos presentes, hallándose la memoria con menos dificultad para recogerlos al tiempo que la turbación del trabajo podría habérsela ocasionado. Y así, después de dicho en el discurso pasado del remedio de la humildad, se ofrece luego tras dél tratar de este segundo, que es atribuir aquel trabajo á sus propias culpas el que lo padece, cuya memoria es gran parte para despertar y perficionar esta virtud excelente, pues no hay cosa que tanto humille á un hombre como entrar dentro en su conciencia y considerar cuántos y cuán grandes pecados, y

con cuánta fragilidad y flaqueza y malicia ha cometido contra su Dios; cuyo número apenas podrá alcanzar, acordándose de la vida pasada, discurrendo por las edades cuánto ha pasado, por los oficios que ha tenido y por las personas que ha tratado; porque así se conocerá por el mayor pecador de cuantos conoce. Que, aunque puede ser que haya otros mayores, y él conozca algun pecado en otros mayor que los suyos; pero, tomando la conciencia dellos junta, ninguno hay que conozca otro mayor pecador que á sí mismo. Conocido pues el innumerable número de sus pecados y la gravedad del menor dellos (que es tanta cuanto ningún humano ni angélico entendimiento puede apurar ni medir, por ser ofensas contra Dios infinito, de cuya infinitud se sigue y nace la del pecado), ningún trabajo que en castigo dellos padezca le podrá parecer insufrible; pues (como san Agustín dice) el pecador no merece el pan que come; y los doctores teólogos concuerdan que aun en las penas que por ellos se padecen en el infierno hay mezclada mucha misericordia, no porque se les perdona dellas un cuadrante (como el Evangelio dice) de lo que está determinado y tasado que padezcan, sino en que haya allí puesta tasa á la pena, siendo sin ella la malicia de la culpa. Pues piensa que razón tendría de impaciencia el que á traición hubiese muerto al hijo de su rey, si fuese por ello condenado á solos ocho días de destierro; que mucha menos tendrá uno que se conoce por pecador, siendo afligido con un trabajo, por grande que sea, si considera la gravedad de sus pecados y lo que por ellos merece, conforme á las leyes y aranceles de Dios, y el poder y rigurosa justicia de su juez para ejecutarlo.

Podrá decir el que va leyendo este discurso y ha leído otro del segundo libro, que no concuerdan los dos, por haberse dicho allí que no es regla cierta que envíe Dios los trabajos y aflicciones en castigo de pecados, y que allí dejamos condenado este juicio; pero acuértese que, como dijimos que era error grande decir que los trabajos todas veces venían por pecados (pues la Virgen Santísima los padeció en tanta abundancia como en el libro pasado queda dicho, y otros muchos santos padecieron mas de lo que, según la piadosa ley de Dios, merecían por los suyos), así es error pensar que nunca ó muchas veces no venga por razón dellos, y lo mas ordinario, pues la naturaleza de las penas y trabajos es ser castigo de pecados, y para eso se inventaron y ordenaron. Cierta cosa es, como allí dijimos, á lo menos por tal la tienen comunmente los santos, que los trabajos comunes que vienen á los reinos, provincias, pueblos, congregaciones y otras comunidades, vienen comunmente por pecados dellas; lo cual se colige clarísimamente de muchos lugares de la sagrada Escritura, de los cuales muchos se dijeron allí; y fuera dellos, es claro que el generalísimo castigo del mundo con el diluvio fué por pecados, pues que el texto lo declara; y el que á los ninivitas se amenazó fué por pecados, de que luego hicieron penitencia. El profeta Baruc, hablando con el pueblo, le pregunta qué es la causa que vivía en tierra de sus enemigos y se había envejecido en tierra ajena, con tan amarga vida, que podía ser contado con los muertos; y respóndese el mismo Profeta que porque

había dejado la fuente de la sabiduría; porque si hubieras andado, dice, en los caminos de la ley de Dios, sin duda hubieras vivido en paz sobre la tierra; lo mismo se colige del profeta Malaquías, donde con el pueblo tiene Dios su coloquio, diciendo que se conviertan á él, y él se convertirá á ellos con mil favores; y responde el pueblo: ¿Cómo nos convertiremos? Responde Dios: ¿Cuándo se oyó que nadie enclavase á Dios como vosotros me habeis enclavado? Dicen ellos: ¿En qué os habemos enclavado? Dice él: En los diezmos y primicias (que por cierta ocasión daban en no pagarlas, y perecían de hambre los sacerdotes); y así, les dice que estos pecados son la causa de su amenaza que allí pone, y que él cesará del castigo la hora que se emendaren.

Así que, en estos y otros castigos públicos bien se declara Dios que castiga por pecados; pero aunque muchas veces, y mas quizá de las que pensamos, hace lo mismo en los trabajos particulares, no se declara todas veces, sino muy pocas, por no descubrir los pecadores. Y por la misma razón no quiere que juzguemos mal de nuestro hermano cuando le viéremos afligido de su mano. Pero el hombre cuerdo y bien considerado siempre atribuye sus trabajos á sus pecados, y es consejo de hombres santos y hechos á entender la condición de Dios, que los envía. Así lo hicieron los hermanos de Josef cuando padecían aquellas vejaciones en Egipto, y decían: Nuestro merecido tenemos en estas tribulaciones, porque no quisimos oír á nuestro hermano cuando con lágrimas nos rogaba; veis aquí nos mandan aquel pecado. Y Tobías en su aflicción decía con muchas lágrimas: Justo eres, Señor, y justos tus juicios, y todos tus caminos son misericordia y verdad; acuérdate, Señor, de mí, y no de mis pecados ni de los de mis padres, que porque no hemos obedecido á tus mandamientos fuimos entregados en esta captividad, y á trabajos y muertes y en fábula y en baldon delante de todas las naciones, donde nos has desterrado y esparcido; y agora, Señor, grandes son tus juicios y castigos, porque no hemos obrado según tu ley ni hemos andado con sinceridad delante de tus ojos. Agora, Señor, cúmplase en mí tu voluntad, y mandad que muera yo en paz, que mas me conviene morir que vivir en tanto trabajo. Y éste es el fundamento en que fundaba Job sus razones con Dios cuando le decía que le había afligido no teniendo pecado. De donde se entiende que cada uno le buscaba luego en su ánima cuando le venía la tribulación, y esto tienen todos los siervos de Dios por consejo santo y saludable. Deste mismo usó David cuando, viéndose amenazado de Dios por el pecado que cometió del adulterio contra Urías, diciendo: Tú lo cometiste secretamente, yo lo sacaré á la plaza; y viendo ejecutado el castigo desta amenaza cuando huyó, con tan gran trabajo y afrenta, de su hijo Absalon, por un monte arriba descalzo y destocado, deshonrado por un vil vasallo Semei, y diciéndole Abisai: ¿Por qué, Señor, este vil ha de atreverse al rey mi señor? Acordándose el rey que era aquel azote de Dios por su pecado, sufrió las injurias con mucha paciencia, diciendo: Déjale; maldígame, que Dios se lo manda; no es sino verdugo de Dios, que por su mandado me aflige. Y así, fué el suceso tan bueno como de mano de Dios, pues le volvió el reino y

le mató á su hijo y perseguidor, á quien Dios habia tomado por azote para castigarle.

Pero cuando la conciencia no le acusare al afligido, entienda que es castigo de pecados pasados y olvidados con el tiempo, y que es gran misericordia de Dios que agora se abra el proceso dellos, porque esta consideracion es de gran fruto para la enmienda de la vida; pues acaece muchas veces venir tan de espacio la venganza y castigo de los pecados por la misericordia de Dios, que va esperando el pecador que de esa tardanza toma ocasion el miserable para serlo mas, habiendo de tomarla de ser mas agradecido por ella, como el Sabio dice: Porque no sentencia Dios luego al pecador tras el pecado, se atreven los hijos de los hombres sin temor ninguno á cometer grandes males; lo cual es de malos y perversos ingenios. Como si un hijo mesase cada hora las barbas á su padre, viejo y bueno, y no diese otra desculpa sino decir que él lo sufría y lo perdonaba todo, á lo menos lo disimulaba; ¡qué mayor impiedad y desvergüenza! De donde nace que para estos es de gran daño lo que Dios les espera; porque, demás de que, como dice Valerio Máximo, recompensa los plazos que ha esperado con la gravedad del castigo, suele esto llegar á tiempo que no se persuade el castigado que lo es por aquellos pecados que ya él tiene olvidados, y piensa que Dios tambien los tiene. Lo cual es uno de los mayores castigos que Dios le puede enviar; porque á esta cuenta, demás del poco ó ningun recato y escarmiento que saca del castigo, eslo muy grande, porque le castiga con permitir que sin miedo ni recelo cometa pecados nuevos y mas atrevidos, engañado de que aquel trabajo no es castigo, sino venido acaso por desgracia ó por el tiempo, ó por culpa ó desentido de quien le causó; como los que comen ó beben cosas dañosas nunca se persuaden que de allí les vino el daño ó enfermedad, y así no se guardan dellas. Porque, si luego al pié del pecado castigase Dios al pecador, luego se veria la justicia de Dios al ojo, y él se guardaria de caer en sus manos, como lo hacen de la justicia de los hombres, que luego ejecuta sus castigos. Pues de que haya tenido Dios memoria de pecados muy antiguos para castigarlos, la divina Escritura está llena de ejemplos, no solo en la otra vida, sino en esta, y uno dellos es muy notable, el cual está en el capítulo 17 del *Exodo*, donde el pueblo de Dios, saliendo de Egipto, padeció de los amalequitas cierto agravio, del cual enojado Dios, le mandó escribir en un libro, y pasados cuarenta años mandó á Saul que lo vengase, no dejando hombre á vida de los amalequitas; como parece en el libro de los *Reyes*. Y aun san Agustin, espantado del castigo de Oza por pecado tan liviano al parecer como solo llegar al arca, dice que tiene por cierto que fué castigo de pecados pasados; sobre lo cual dice estas palabras: Porque muchas veces sucede que las culpas menores llaman las penas de los pecados pasados. Y esta misma condicion de Dios apunta Job, cuando dice á Dios: ¿Quereisme, Señor, acabar por los pecados de mi mocedad? Los hermanos de Josef, que habia muchos años que habian maltratado y vendido á su hermano, tuvieron su aflicion por castigo de aquel pecado viejo. Tobias tambien ruega á Dios que no se acuerde de sus pecados viejos ni de sus padres. Lo mismo hace David

en un salmo: No te acuerdes, Señor, de nuestras maldades antiguas. Y así, no hay que asegurarse el que los ha tenido, como el Sabio aconseja: Nunca vivas sin recelo del perdon de tus pecados. Que eso quiere decir allí del pecado perdonado, porque deste no hay que temer cuando ya lo está del todo á culpa y á pena; pero cuando se hallase uno del todo inocente y sin pecado, ó por no le haber cometido, ó no muchos ni graves, ó por haber hecho á su parecer bastante penitencia, siempre ha de pensar que debe algunos pecados ocultos, ó que ignorantemente ó con pasion los carga sobre las conciencias ajenas, que en esto son ciegos los ojos de los hombres, mayormente en caso de su propio amor, cuando no tienen la conciencia muy recatada y temerosa; de donde viene á decir san Agustin, volviendo por la justicia de Dios en el castigo que hizo en su pueblo por el pecado del rey David, matando tantos millares de hombres, que fueron pecados del pueblo los que merecieron este castigo.

De todo lo dicho el mejor ejemplo que tenemos es el del Redentor del mundo, que para darnosle, con ser cordero inocentísimo, y no tener ni poder tener pecados de que acordarse entre aquellos crueles tormentos de la cruz, con todo, se acordó de los nuestros, por los cuales padecia, cuando dijo: Dios, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado? ¿Cuán léjos están de librarme de estos tormentos los gemidos que doy por mis pecados, míos, no porque los cometí, sino porque salí á pagar la deuda y penas dellos por los hombres que los cometieron! Como esto dió á entender por Esaias, donde en un solo capítulo se dice diez veces que el Salvador hizo suyos y pagó los pecados ajenos, y esto hizo y dijo el Redentor, entre otros fines, para que cuando tú quisieres imitarle en la cruz y trabajos, sufriendo los que te cupieren, le imites en acordarte que los padeces por tus pecados. Porque con eso, lo primero, cualquier trabajo te parecerá ligero, pues ellos son tan graves; lo segundo, se acabará el trabajo con brevedad, pues lo que Dios con ellos busca es limpiar tu alma de pecados, que ese es el oficio del trabajo y aflicion. Y aun de la del infierno lo dice Eusebio Emiseno por estas palabras, tratando de la inmortalidad del dañado, entre tanto fuego y tormentos viene, al cabo de muchas palabras, á decir la razon, y es porque aquellas llamas, no casuales, sino racionales, esto es, encaminadas á buen fin, porque no les mandan mas que buscar la culpa, no saben consumir ni acabar la sustancia del que allí padece; porque, así como dicen los naturales de un lienzo llamado asbeston, que quiere decir inextinguible, que no se limpia con agua, sino con fuego, que, dejando la tela del blanca y limpia, consume toda la grasa y cualquier otra suciedad; y por eso hacian dello las torcidas de los candeleros, que por esto eran perpetuas, pues el fuego quemaba y gastaba solo el aceite; y aun yo oí decir á un doctísimo y santo varon que conoció él en Toledo un boticario que tenia para heridos unas hilas deste lienzo, las cuales quemaba después de sucias, y así las limpiaba. Pues por esta comparacion se entiende lo que Eusebio dice, que así como porque el fuego del candil no tiene fuerza sino sobre el aceite, de manera que, no faltando este, no dejará de arder sin consumir la torcida; así el fuego

## DISCURSO III.

Del tercero remedio contra la impaciencia, que es la lecion de las santas Escrituras y otros libros santos.

Bastaba entender de la sagrada Escritura, que es la fuente de todos los remedios deste libro, para entender cuánto lo es contra la impaciencia de los trabajos; de la cual, si ahora quisiésemos ponernos á decir y sacar en limpio su grandeza, su majestad, su limpieza, sus gracias y sus frutos, no bastara, no digo yo un discurso tan breve como este, pero ni un libro ni muchos, por grandes que fueran; porque, así como de las obras y vida del Redentor dice san Juan que no cupieran en el mundo los que pudieran escribirse, así de los misterios, misericordias, consuelos y otros tesoros que en las divinas letras se encierran, no cupieran los libros en el mismo mundo. Bien es verdad que parecerá este encarecimiento al que con familiaridad no las hubiere tratado; porque, si no es á los tales, no suele ella descubrirse del todo. Compara san Gregorio, escribiendo sobre el libro primero de los *Reyes*, la divina Escritura á una sierra; lo cual yo entiendo considerando la Morena, que, mirada desde léjos, no hay cosa mas inculta ni estéril ni que menos contento dé á los ojos. Unos montes pelados, secos, ásperos y descaminados; muchos cerros, tan juntos, que parece que de uno á otro no hay mas que un pequeño salto; pero llegando cerca ninguna cosa hay de mas contento á la vista, los caminos llanos, á lo menos andaderos, las piedras muy hermosas, las fuentes claras, las aguas dulces, los aires frescos, las vegas, los sembrados, las huertas, jardines, álamos, naranjos, flores, arboledas; y donde parece estar los cerros á un paso, en subiendo al uno se descubre un valle hermosísimo, lleno de gran verdura y variedad de matas y de yerbas, gravado de árboles vistosísimos, esmaltado de varias flores, con un arroyo en medio del valle, que baja culebreando, que parece una cinta de plata, que va corrigiendo y desculpando el silencio de aquella soledad con un murmullo suave y con las quejas que parece que va dando en los barrancos donde se despeña, perfumado el valle con una ensalada de olores que de la variedad de las flores se junta, donde hay á un lado y á otro pastores con su ganado, gozando muy gruesos y suaves pastos; el aire lleno de muy hermosas aves silvestres, gozando de su pacífica libertad y dando á entender este gozo con sus alegres cantos, y á par de alguna fuente, alguna venta ó casa de pastores, donde el caminante se recrea descansando y tomando noticia y razon de lo que ha visto; así que, todo lo que parecia estéril y sin jugo ni fruto, parece en viéndolo de cerca muy gustoso y alegre.

Otro tanto acaece al que los divinos libros mira por de fuera; ¿qué cosa mas estéril que una historia seca, un salmo escabroso, unas doctinas breves y cortas, unas listas de nombres extraños, como se hallan en algunas partes del *Génesis*, en el libro primero del *Paralipomenon*, en el primer capítulo de san Mateo? Zorobabel engendró á Abiud, Abiud á Eliaquin, este engendró á Azor, que parece que no hay que considerar, sino saltar brevemente del uno al otro; pero llegándose cerca y abriéndolos con atenta lecion, no hay cosa de mas gusto y consuelo para el alma. Allí se descubren fuentes, rios

del infierno, porque le mandan buscar y abrasar los pecados, no toca en la substancia de los dañados; y así como, habiendo siempre aceite, siempre dura la lumbre en el candil, y aunque no consume la torcida, si ella tuviese sentido viviria atormentada, porque el fuego la está siempre calentando y abrasando, aunque no consumiendo; así, porque en el infierno siempre dura el pecado en el condenado, siempre está el fuego abrasando pecados y atormentando sin consumir á los pecadores. Otro ejemplo mas manual podemos poner en las ollas viejas y grasientas, que en algunas partes renuevan abrasándolas, que, como el barro no es materia de fuego, la llama consume sola la grasa, dejando el casco de la olla sin lesion y limpia, y cada vez mas perpetua; lo mismo es cuando en el fuego se afina el oro, que no es materia del sino lo que para purificarle se consume; así, no quiere Dios que los cuerpos ó almas de los dañados sean materia del fuego para ser consumidas, sino solos los pecados, que, porque estos nunca cesan, siempre hay qué quemar. Y concluye Eusebio diciendo: ¡Ay de aquellos que agora tienen por risa estas cosas que para siempre han de llorar! Ay de aquellos que antes experimentarán estas cosas que las crean!

Viniendo á nuestro propósito, los trabajos y dolores tienen este oficio encomendado de Dios, que es consumir y acabar pecados; y como en el infierno siempre los hay, nunca se acaba el fuego. Acá no busca Dios consumirnos ni acabarnos con el de los trabajos, sino limpiarnos de los pecados, acabándolos y consumiéndolos á ellos; y como en esta vida estamos en tiempo y estado de poder salir dellos mediante la penitencia, fácilmente los consume el fuego de la tribulacion. De una manera consumiendo la pena temporal que por los ya perdonados se debe, y de otra solicitando al pecador que salga dellos, y acordándole que no ha salido y que está su Dios todavía ofendido y enojado. Cuentan los naturales de un animal llamado castor, que perseguido de los cazadores y entendiendo ser la pretension dellos cierta parte de su cuerpo, que es medicina de gran precio para muchas enfermedades, cuando ya se ve acosado de perros y cazadores corta con sus propios dientes lo que ellos pretenden, y déjalo en el camino, y así se libra desta persecucion, porque cesó la causa della. Así ha de hacer el afligido cuando ve que Dios viene en su alcance con alguna repentina tribulacion, pensar y entender que viene Dios en demanda de sus pecados, y con su misma boca quitarlos de sí, confesándolos y pidiendo dellos perdon y misericordia; que así cesará sin duda la persecucion ó la fuerza della, si para su bien durare algun tiempo, si por ese fin Dios la ha enviado; y si ese no fué, á lo menos aprovecha siempre, y nunca daña esta diligencia, no solo para otras mil cosas, sino para esta misma; porque el trabajo que quizá no vino por pecados, no persevere en castigo dellos, ó vuelva él ó otro de nuevo, como lo hace el médico prudente, cuando sabe ó no sabe la raíz de la enfermedad, lo primero que hace es descansar la naturaleza con evacuaciones de sangre y humores y otras dañosas repleciones, porque cuando esa no sea la ocasion del mal, á lo menos no daña, antes aprovecha para curar la que lo es, y que ni ella persevere ni suceda otra de nuevo.